

al emperador aquel reino. Esto obligó al príncipe de Orange, que habia vuelto á ponerse á la cabeza del ejército imperial, á hacer salir las tropas de Roma, si bien reducidas á la mitad, habiendo perecido la otra mitad en diez meses de inaccion, víctima de la peste y de sus propios desarreglos. Los imperiales al mando del príncipe de Orange, y del marqués del Vasto, franquearon los Apeninos á fin de cortar á los franceses el camino de Nápoles. En vano intentó Lautrec darles batalla ofreciéndosela varias veces; los gefes imperiales la esquivaron con mucha prudencia, y con no menos habilidad lograron replegarse á la capital de aquel reino. Detúvose Lautrec á conquistar algunas plazas menos importantes, y esta detencion salvó á Nápoles. Cuando se presentó delante de esta ciudad, reforzado con las bandas negras de Florencia (abril, 1528), ya el príncipe de Orange y el marqués del Vasto habian tenido tiempo para fortificarse, y Lautrec en lugar de un asalto tuvo por prudente limitarse á un bloqueo.

Ocurrió no obstante, al mes de bloqueada la ciudad, un contratiempo que puso á Nápoles á dos dedos de perderse. El virey Moncada, sucesor de Lanoy, y el marqués del Vasto atacaron con sus naves la armada genovesa que guardaba la entrada del puerto, mandada por un sobrino del almirante Doria. La tentativa fué tan desgraciada que las galeras imperiales fueron batidas y destrozadas, muerto el virey

Moncada, y prisionero el marqués del Vasto con muchos oficiales distinguidos (28 de mayo), los cuales fueron enviados por Felipino Doria á su tío el almirante como trofeos de su triunfo. La armada veneciana que arribó luego hubiera podido poner en mayor conflicto á Nápoles, si los venecianos, celosos del poder de la Francia, no hubieran pensado mas en recobrar para sí el dominio marítimo del Adriático, que en conquistar á Nápoles para los franceses. Por otra parte Enrique de Inglaterra, en vez de ayudar á los aliados guerreando en los Países Bajos, segun habia prometido, ajustaba una tregua de ocho meses con la gobernadora de Flandes; y el mismo Francisco I., mas dado á malgastar en sus personales placeres que cuidadoso de enviar subsidios al ejército de Italia, tenia á Lautrec sin recursos ni mantenimientos, en ocasion en que las enfermedades de la estación calurosa diezaban sus soldados en aquel pais tan fatal á los franceses.

Vino á tal tiempo á acabar de hacer comprometida y crítica la situacion de Lautrec, y á causar una profunda herida al poder de la Francia, la defeccion del famoso almirante genovés Andrés Doria, el mas excelente y aventajado marino que en aquel tiempo se conocia, dejando el servicio de Francisco y pasando al del emperador. Esta defeccion, no menos fué á la Francia y á su rey que la del condestable Borbon, fué motivada por las causas siguientes. Génova, aun-

que puesta bajo el protectorado de la Francia, quería conservar sus antiguas franquicias y libertades; y Doria, hombre de carácter independiente y altivo como buen republicano, abogaba por la libertad de su patria, y hacía lo con la independencia y la franqueza de quien tenía más de marino que de cortesano; cosa que disgustaba á los palaciegos y aduladores de la corte del rey Francisco, y les dió ocasion y pretexto para malquistar al monarca con el almirante genovés, y para que éste recibiese desatenciones, desaires y aun injusticias. Francisco, como si quisiera humillar á Génova, hizo traspasar muchos de sus ramos y establecimientos mercantiles á Sabona, ciudad que entonces fortificaban los franceses. Génova invocó el patriotismo de Doria apelando á él como á un protector; el almirante abogó por su patria con energía, y aun con dureza, y Francisco, ofendido de aquel atrevimiento é instigado por sus cortesanos, confirió el mando de las naves genovesas á Barbezieux, y le dió orden para que prendiese á Doria, orden no tan secreta que el almirante no la supiese antes de poderse poner en ejecución.

Tiempo hacía que el marqués del Vasto su prisionero, conociendo el resentimiento de Doria, le andaba mañosamente catequizando y ofreciéndole ventajosos partidos para que entrase al servicio del emperador. Y Carlos, que sabía el valor de Doria, y estaba siempre listo para aprovecharse de los errores

y de las imprudencias de su rival Francisco, había entrado en negociaciones con el genovés, prometiéndole entre otras cosas la libertad de su patria y la dependencia de Sabona. En tal estado tuvo noticia Doria de la orden de su prision; ya no vaciló más; se retiró á lugar seguro, devolvió lealmente á Francia las galeras francesas, pasóse al servicio de Carlos V. con doce genovesas mediante la suma de sesenta mil ducados por año, y dió la vela á Nápoles, no ya para ayudar al bloqueo de los franceses, sino para libertarla de ellos. La situación de Lautrec era deplorable: de los treinta mil hombres que había llevado, apenas le había dejado la peste cuatro mil útiles. El príncipe de Orange le hostilizaba desde la ciudad, y Doria se puso en comunicación con la plaza. Era imposible á los franceses sostener el sitio: sin embargo resistió Lautrec cuanto pudo, hasta que atacado él mismo segunda vez de la epidemia, sucumbió lamentando la negligencia de su rey y el abandono de los aliados (16 de agosto).

Muerto Lautrec, tomó el mando del abatido y apéstate ejército el marqués de Saluzzo. A cualquier otro general más hábil que él le hubiera sido casi imposible prolongar una situación tan angustiosa; el marqués hizo una desastrosa retirada á Aversa, abandonando la artillería, los enfermos y los bagages: lanzóse el príncipe de Orange en su persecución, hizo prisionero al famoso tráfuga español Pedro Na-

varro que mandaba la retaguardia ⁽¹⁾, y atacó á Saluzzo en Aversa. Herido éste mortalmente en el primer asalto, hizo una vergonzosa capitulación, rindiendo sus miserables tropas y entregándose él mismo prisionero al de Orange (setiembre, 1528). El marqués fué llevado á Nápoles, donde dejó pronto de existir, y los restos de su ejército conducidos á Francia por el enemigo, sin armas ni bagages, conforme á lo capitulado. Así acabó uno de los mas brillantes ejércitos que la Francia habia lanzado sobre Italia. La defección del duque de Borbon habia costado á Francisco I. la pérdida de Milán, la de sus mejores generales y su prision misma; la defección de Doria valió á Carlos V. la conservacion de Nápoles, y costó á Francisco dos de sus generales y todo un ejército. Francisco resentia y exasperaba á sus mejores caudillos, y Carlos sabia atraerlos y utilizarlos. El emperador vencía al rey con sus propios súbditos ⁽²⁾.

Y no le costó esto solo, sino tambien la pérdida de Génova. Que aprovechando Doria tan buena ocasion para realizar su constante deseo de dar libertad á su patria y redimirla del alternativo dominio de fran-

(1) El conde Pedro Navarro, el valeroso conquistador de Oran y de Bugía, fué conducido al castillo del Ovo de Nápoles, que él en otro tiempo habia conquistado tambien á los franceses como compañero del Gran Capitan, y allí acabó sus dias condenado á muerte por Carlos V. Tal fué el lamentable fin á que arrastró á aquel insigne y bravo caudillo español la infidelidad á su patria y á sus reyes.

(2) Du Bellay, Mem. 414 y sig.—Guicciard. lib. XVIII.—Heuter, Rer. Austr. lib. X.—Herbert, p. 90.—Robertson, lib. V.—Sandoval, lib. XVIII.

ceses y españoles, presentóse atrevidamente con sus galeras delante de la ciudad. A su vista se retira Barbezieux con las naves francesas; Doria desembarca con un puñado de hombres; la ciudad le sale y aclama como á su libertador; la guarnicion francesa contagiada de la peste se refugia en la ciudadela, donde la falta absoluta de víveres la obliga á capitular, y los ciudadanos genoveses arrasan tumultuariamente hasta los cimientos de la ciudadela como un monumento odioso de su servidumbre, y otro tanto ejecutan con las fortificaciones de Sabona, abandonada por los franceses. Aquí fué donde mostró el patricio Andrés Doria toda su abnegacion y toda la grandeza de su alma. Pudiendo ser príncipe soberano de Génova por el emperador, ni siquiera vacila en rehusar esta alta dignidad, y anuncia á sus conciudadanos que, libres ya como eran, elijan la forma de gobierno que sea mas de su agrado. Esto era poco todavía para su magnanimidad. Génova se erige nuevamente en república, y los ciudadanos admirados y conmovidos aclaman con frenético entusiasmo á Doria, que rechazando noblemente toda preeminencia les manifiesta que no quiere ni admite para sí otro título que el de simple ciudadano, ni otra gloria ni recompensa que la satisfaccion de haber restituido la libertad á su patria. Una estatua de mármol con la inscripcion: *Al restaurador de la libertad genovesa*, recordó por siglos enteros la grata memoria de aquel

insigne patricio, y por siglos enteros duró tambien el gobierno que con tan magnánimo desprendimiento supo dar á sus compatriotas (1). La ciudad natal de Cristóbal Colon tuvo tambien la fortuna de producir un Andrés Doria.

A la destruccion del ejército francés de Lautrec en Nápoles por el príncipe de Orange siguió la de las tropas francesas que obraban en el Milanésado al mando del conde de Saint-Pol, por el español Antonio de Leiva. El heroico y hábil defensor de Pavía, que atacado, doliente y casi postrado de una gota, se hacia conducir en una litera á los combates, supo triunfar con unos pocos imperiales de los esfuerzos aunados del duque de Urbino, de Sforza y de Saint-Pol á fuerza de actividad y de inteligencia. El gotoso general hizo prisionero al robusto y ágil Saint-Pol con lo mas florido de sus oficiales, y las reliquias del ejército francés de Milan volvieron á Francia casi en tan miserable estado como las de Nápoles, para no volver en mucho tiempo á Italia. Tal fué y tan desastroso para Francisco I. el resultado de las campañas de 1527 y 1528 en Nápoles y en Milan mientras él vivia como de costumbre entre fiestas y placeres (2).

(1) Sigonii, Vita Doriae.—Guicciard. lib. XIX. y todos los historiadores italianos.

(2) «Fué tan grande, dice con razon el obispo Sandoval, la reputacion y crédito que con esta victoria y prision del general francés ganó Antonio de Leiva, que

ninguno de los capitanes de aquel tiempo tuvo mas fama, asi en tomar consejo, como en el valor para ejecutarlo, y decian que si tuviera salud se igualara con el Gran Capitan, su maestro.» Libro XVII. párr. 49.

Habia no obstante un deseo y una necesidad general de paz, y vencidos y vencedores la apetecian y anhelaban cada cual por su particular interés. No hay que decir cuánto interesaria á Francisco I. ver si rescataba por tratos á sus hijos, ya que tan desgraciado habia sido en las guerras. La Italia, y principalmente Lombardia, consumida y aniquilada por españoles, alemanes y franceses, no podia ya ni mantenerse á sí misma, cuanto mas sostener ejércitos. El papa, resentido de los aliados, que en vez de prestarle auxilios, se habian ido repartiendo el patrimonio de la Iglesia, esperaba recobrar mas por medio de tratados con el emperador que de unos confederados á quienes tan poco habia debido en la ocasion mas crítica. Y el mismo Carlos V., el mas ganancioso en las pasadas luchas, que sin moverse de España habia vencido á todos sus enemigos por medio de sus generales, tenia tambien graves motivos para desear la paz. Faltábanle los recursos, porque España no podia ni tenia voluntad de subvenir á los gastos de tantas y tan costosas guerras. Alarmábanle además los progresos de la reforma en Alemania y de los turcos en Hungría y se susurraba ya que el rey de Francia andaba en tratos con Soliman contra él. Quería por otra parte pasar á Italia á recibir la corona de oro de mano del pontífice, y por todas estas razones le convenia la paz.

Las negociaciones entre el papa y Carlos V. fue-

ron las que mas pronto llegaron á concierto. El gefe de la Iglesia creyó deber olvidar los insultos recibidos de los imperiales á trueque de recobrar el patrimonio de San Pedro, usurpado y dividido por sus malos aliados; y Carlos, cuyos soldados habian saqueado á Roma y ultrajado la dignidad pontificia, queria justificarse de aquellos escándalos á los ojos de la cristiandad, reconciliándose con el papa y favoreciéndole, y como poner á Dios de su parte para combatir á reformistas y á infieles. Con esto, hallándose el emperador en Barcelona, se ajustó entre los dos un tratado de alianza (20 de junio, 1529), por el cual, entre otros capítulos se acordó: que el papa dejaria paso libre por sus tierras al ejército imperial de Nápoles; que pondria por su mano en la frente de Carlos la corona imperial; que le daria la investidura del reino de Nápoles sin otro feudo que el de la hacanea blanca cada año; que la causa del duque Sforza de Milan se someteria al fallo de jueces imparciales; que serian absueltos todos los que habian tomado parte en el asalto y saco de Roma; que el emperador, su hermano Fernando y el papa Clemente traerian de grado ó por fuerza á los luteranos á la verdadera fé católica; que en cambio el emperador haria devolver al dominio de la Santa Sede todas las ciudades que le habian sido usurpadas por los venecianos y el duque de Ferrara; que restableceria en Florencia el gobierno de los Médicis, y daria en ma-

trimonio su hija natural Margarita al bastardo Alejandro Médicis, gefe de la familia, que tomaria título y soberanía de duque (1).

Mientras esto pasaba, dos ilustres damas habian tomado á su cargo la noble y santa obra de dar á Europa la paz que tanto anhelaba; y habiendo convenido en avistarse en Cambray, ellas solas, sin intermediarios, sin ruido y sin ceremonias ni formalidades, celebraban sus conferencias encaminadas á tan loable fin. Eran estas Margarita de Austria, viuda de Saboya, tia del emperador, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I. de Francia, mugeres ambas de eminente talento, y ambas versadas en los negocios políticos y en los secretos de sus respectivas córtes. La noticia del tratado de Barcelona les hizo abreviar sus negociaciones amistosas, que dieron por resultado la *Paz de Cambray* (5 de agosto, 1529), por otro nombre llamada *Paz de las Damas*. Sirvióles de base para este tratado la Concordia de Madrid, de la cual vino á ser una modificacion la de Cambray. En ella se estipuló, que Francisco pagaria dos millones de escudos de oro por el rescate de sus hijos, entregando antes todo lo que poseia todavia en el Milanésado; que cederia sus derechos á la soberanía de Flandes y de Artois, renunciando igualmente sus pretensiones á Milan, Nápoles, Génova y demas ciudades de allén-

(1) Guicciard. lib. XIX.—Varbra V.—Sandoval, lib. XVII. chi, p. 224 y sig.—Robertson, li-

de los Alpes; y que Carlos no demandaria por entonces la restitucion de Borgoña, mas con reserva de hacer valer algun dia sus derechos, contentándose con el Charolais, que volveria despues de su muerte á la corona de Francia ⁽¹⁾.

Por este tratado, poco menos ignominioso al monarca francés y á su reino que el de Madrid, quedó Francisco desacreditado á los ojos de Europa, é indignó á sus aliados, por quienes nada hizo, dejándolos comprometidos y sacrificados; pues mientras el emperador cuidó de asegurar los intereses de todos sus amigos, sin olvidar á los herederos del duque de Borbon, á quienes se habian de restituir todos sus bienes, Francisco no mencionó á nadie, como abandonándolos todos á merced de su rival, y aun se humilló hasta el punto de comprometerse á no dar asilo en sus estados á los que hubieran hecho armas contra el emperador. «La Francia misma, dice un moderno historiador francés, abatida por tantos desastres, había muerto como su rey al sentimiento del honor, tan vivo comunmente en ella. La paz la indemnizaba de todas sus afrentas, y ningun precio le parecia caro para comprarla. Los pueblos, como los individuos, se pervierten en la adversidad, y el sentido moral, borrado en el monarca, dormitaba tambien en el pais. De todos los historiadores nacio-

(1) Tratados de paz.—Rimer, Fæder.—Sandoval inserta la letra del tratado, que consta de cuarenta y cuatro capítulos, y es larguísimo.

nales no hay uno solo que proteste, en nombre de la antigua lealtad de la Francia, contra este innoble abandono de todos sus aliados. La impaciencia de Francisco por ver á sus hijos y por dar la paz á su reino lo disculpa todo á sus ojos.»

Comprendemos el justo dolor que á un francés ha debido causar un tratado en que el rey de Francia despues de nueve años de guerra se despojaba de todo, mientras su victorioso rival despues de haberle vencido con las armas le humillaba con capítulos, quedaba árbitro de los paises disputados, y le imponia condiciones como señor. Pero en el estado á que habian llegado las cosas, ¿podia resolverse la cuestion de un modo mas ventajoso á la Francia? Culpa era de Francisco ó de su carácter la tibieza y flojedad con que proseguia siempre planes y operaciones comenzadas con vigorosa energía, y distraerse con cortesanas y palaciegos mientras sus soldados morian de hambre ó de peste ó á las descargas de los arcabuces enemigos. Culpa suya era haber puesto á sus mejores generales en el trance de abandonarle por despecho, y de vengar sus injurias yendo á servir de poderosos auxiliares á un contrario que sabia esplotar con destreza las injusticias de su rival y los resentimientos de sus grandes vasallos. Culpa seria de la reina de Francia, madre de Francisco, si es cierto que guardaba en sus cofres un millon y quinientos mil escudos, mientras Milan se perdia por no haber con qué

pagar á los soldados franceses, y el ejército de Lautrec perecia de miseria bajo los muros de Nápoles.

Mérito fué de Carlos haber sido siempre enérgico en sus resoluciones y no haber alojado nunca en sus planes; haber dirigido la política de Europa desde España; haberse aprovechado con sagacidad de los menores descuidos ó errores de sus adversarios, y no haber malogrado ninguna coyuntura de que pudiera sacar ventaja. Desgracia fué de Francisco y fortuna de Carlos la diferencia en las prendas y talentos de los generales con que contaba cada uno para la ejecución de sus designios políticos y para la dirección de las campañas: porque si La Tremouille y Lautrec eran entendidos y esforzados capitanes, ni Chabannes, ni Bonnavet, ni Saluzzo, ni Urbino, ni Saint-Pol, reunian al valor la prudencia y la astucia como Pescara, Lannoy, Leiva, el del Vasto, Orange y Moncada. Desgracia fué de Francisco y fortuna de Carlos que los mismos tráfugas de las banderas francesas, Moron, Borbon y Doria, fuesen los mas decididos campeones de la causa del emperador, los mas terribles adversarios del francés, y dos de ellos consecuentes siempre y admirablemente leales á las banderas del imperio.

Tales diferencias no podian menos de conducir á resultados como la Concordia de Madrid y como la Paz de Cambray.

CAPITULO XIV.

ESPAÑA.

SUCESOS INTERIORES.

De 1524 á 1529.

Sublevacion de los moros de Valencia.—Sus causas.—Medidas y providencias del emperador para reducirlos.—Conversiones ficticias.—Rebelion y sumision de los de Benaguacil.—Gran levantamiento de moros en la sierra de Espadan.—Guerra.—Dificultades para someterlos.—Son vencidos y subyugados.—Movimiento de los moros de Aragon.—Quejas de los de Granada.—Providencias para traerlos á la fé.—Reclamaciones que hicieron, y gracias que se les otorgaron.—El palacio de Carlos V. en Granada.—Carácter de las Cortes de Castilla en este tiempo.—Las de Toledo y Valladolid: firmeza é independenciam con que obraron.—Las Cortes en Aragon.—Cortes de Monzon.—Peticones notables.—Situacion de los príncipes franceses en Castilla: cómo eran tratados los hijos de Francisco I.—Prepárase el emperador á salir de España.—Carlos V. en Zaragoza.—Canal imperial de Aragon.—Pasa el emperador á Barcelona.—Embárcase para Italia.

De tal magnitud é interés eran los acontecimientos europeos, en que el emperador Carlos V. aparecia como el principal movedor ó agente, que los his-